

Raúl Silva Castro

Jorge González Bastías

(1879-1950)



A Sociedad de escritores de Chile ha congregado esta tarde (*), bajo el ala protectora de la Universidad, a un grupo de amigos del poeta que se fué. En esta cita de recogimiento ha de recordarse a un hombre puro, sin ambiciones, que viviendo apegado a su tierra dióse el singular placer de cantarla en sus versos. No todos los que están aquí lo conocieron; por eso los que tuvimos ese privilegio nos encontramos obligados a cumplir el gratisimo deber de señalar cuánto hubo en él de sereno y de cordial, cuán honda fué la comunión del alma de la gleba y del alma del poeta a que se dió paso eu cuatro breves libros que lo dicen todo. ¡Cuatro breves libros! Un testamento espiritual de marco exiguo,

(*) Trabajo leído por su autor en la velada que en homenaje a Jorge González Bastías, se llevó a efecto en la Universidad de Chile.

en el cual operó a lo largo de cerca de cuarenta años un severo proceso de selección. Ha debido interrogarse el poeta, en las horas de meditabundo abandono que caracterizaron su acercamiento a la naturaleza, que de ella valía la pena del esfuerzo de escribir; y dejando a un lado, con austero gesto, lo anecdótico, lo frívolo, lo jovial, dejó sólo lo melancólico y lo sugerente. De allí que su obra sea profunda, y que tenga hábitos, perfumes, vibraciones, pero no estridencias, que eran sin duda incompatibles con la organización sentimental del artista.

Jorge González Bastías, nacido en apartada provincia, peregrinó de joven a Santiago en busca de aire para sus ansiosos vuelos, como había dicho años antes Rubén Darío. Modesto viaje. Confiesa el poeta que llegó «a la capital con veinte pesos en los bolsillos», ahorrados en los últimos instantes de los veinticinco pesos mensuales que ganaba en Talca. El periodismo acogió al joven peregrino. Contaba entonces González con dos buenos amigos, Claudio Rosales, cronista del diario «El Porvenir», y el poeta festivo Pedro Emilio Gil, que además de funcionario era también periodista. Gil no conocía en esos años a González, pero una amistad epistolar se había trabado a la distancia entre los dos jóvenes, como preludio del compañerismo entrañable que más adelante los unió. Y cuando el recién llegado pisó por primera vez las calles de Santiago, enderezó sus pasos hacia el desteñido barrio Re-

coleta en donde iba a compartir en los primeros tiempos el cuarto en que residía su amigo Rosales. «Camarada incomparable, me invitó a compartir su pienso . . . ».

Ingresó entonces González a la redacción de «El Imparcial», diario de la tarde de efímera memoria, en donde iba a trabajar junto a Jacinto Varas, a Miguel Angel Gargari, «el festivo Nadir» y a Julio Videla. «En aquel periódico se inició también Salvador Nicosía, hombre de prensa y de acción, dinámico y estridente, que regresaba del sur tras de haber instalado allí una colonia italiana de inmigrantes y fundado una ciudad: Capitán Pastene. Creo que algunos de los editoriales de «El Imparcial», órgano independiente en materias políticas, fueron redactados por Luis Galdames, que después se distinguió como historiador y catedrático».

Esto se hacía para vivir, porque proporcionaba renta, aunque somera; pero además el joven peregrino contaba ya algunos ideales artísticos a que en ese diario no era posible dar plena expansión. Para éstos el refugio indicado era la revista «Pluma y Lápiz». ¿Se ha hecho el elogio que merece aquella empresa? ¿Se ha tributado a Marcial Cabrera Guerra el homenaje que se le debe por su tesón de editor? ¿Podemos pesar cuánto influyó aquella vibrante publicación, si no en el ambiente espeso, en las promociones que hallaron allí, en hora temprana, el refugio de sus columnas? El

propio Gil, a quien ya se ha mencionado antes, nos dirá algo de lo que creemos debido:

«A «Pluma y Lápiz», atraída por el prestigio literario de su joven director, bravamente gauado en «La Ley» y en su «Anexo Dominical» que publicó con unánime aplauso y éxito indiscutible durante algún tiempo, acudió desde el primer momento toda la muchachada intelectual de aquel entonces—propriamente «jeune siècle»—cuyas producciones no encajaban en las columnas de los solemnes órganos políticos, refractarios a todos los simpáticos esparcimientos del espíritu y a las briosas acometidas de la juventud que se largaba por los cerros de Ubeda de las abstracciones de la mente. El chico Guerrette tenía para todos y cada uno de esos mozos llenos de fe en el ideal, que le colaboraban número a número, con más asiduidad y entusiasmo que si hubieran percibido por sus trabajos la gloria de regias numeraciones, una calurosa palabra de estímulo o de aprobación envuelta en alguna de las frases ingeniosas que retozaban perpetuamente en sus labios».

Allí, pues, en «Pluma y Lápiz», comenzó nuestro poeta a esparcir sus versos fragantes a campo, y ellos resultaron por eso mismo, nuevos y poco usuales. Los poetas hasta entonces habían sido más bien urbanos, de bufete antes que de aire libre; cuando querían evocar la tierra, habían de pensar en modelos, en precursores. Si llegaban, pues, a transparecer en sus versos el arrebol y la flor, no en el búcaro sino en la rama,

siempre conservaban un aire confitado y postizo. En ese ámbito la poesía de González pudo parecer exótica, nada más que porque venía del campo chileno y porque traía en sus alas el perfume genuino de la tierra nativa. Y los versos siguieron y algunos se contagiaron de las modas que por entonces recorrían el ambiente literario de Santiago.

Jorge González Bastías fué, pues, el poeta de nuestra vida rústica. Cantor enamorado de las gracias del campo, no abandonaba sino por breves días cada año su terruño y lo cantó con gracia indolente. Si comparamos algún poema de González Bastías con una égloga de Garcilaso, podremos ver bien claras las diferencias entre dos edades. Garcilaso era un hombre de corazón meditabundo, herido por un mal suave y languideciente, que buscaba en las pausas de su existencia guerrera el pretexto para imaginar escenas rústicas. Nacido en dorada cuna, revestía, además, inconscientemente, de atributos superiores a los personajes de sus versos, y ellos cambian entre sí razones tan cultas, tan concertadas, que los salones de hoy las envidiarían. Más apegada a la realidad, más hosca, más terrena, nuestra edad se complace, hasta en poesía, en llamar pan al pan y vino al vino. González Bastías, poeta eglógico, de la misma cuerda de Garcilaso, ha cantado las claras aguas de los ríos, la pobre tierra de su campo, desolada casi como un páramo, la sombra fresca de los árboles, la gracia sugestiva de un viejo, polvoriento camino... Pero mientras el verso de Garcilaso

va transfigurando esos mismos, o parecidos atributos y convirtiéndolos en algo como los arquetipos platónicos de las cosas vulgares, el poeta chileno conserva el calor de estas últimas. Pasan así por sus versos los buenos detalles, sanos y humildes, de la tierra chilena. No se ve en el poeta esfuerzo alguno por ennoblecer esa realidad, por sublimarla, por hacerla más digna de sus ideales o de los de sus lectores. El poeta del siglo XX, en oposición al del siglo XVI, ha tomado su canto como un imperativo de verdad. Una voz sedena, dulce y clara, sin retorcimientos, sin exageraciones, refleja bien el medio tono grisáceo y sin relieves que se propio del ambiente, en que no hay contrastes bruscos ni sorpresas singulares. Así lo hemos oído decirle a su camino:

«Mi viejo camino, un poco
quiero conversar contigo
y ante las sombras que evoco,
hablarte como a un amigo».

Y llorar la amargura de sus tierras pobres, de aquellas en las cuales ha vivido exprimiendo, con tesón ejemplar, el sustento de los suyos:

«Suben hasta la cima, entre vahos de niebla,
resonancias lejanas de los montes y el río.
La noche transparente de visiones se puebla
y se dilata en cantos el espíritu mío.

Recoge los lejanos ecos de la hondonada
y ve la choza rústica junto al arroyo claro;
la ilusión de los niños, al cielo abandonada;
la fe de los ancianos, grande es el desamparo . . . » .
(Cantos del Solar).

Para sentir bien la gracia melancólica de la poesía de Jorge González debe el lector cerrar el libro y seguir, en excursión virtual, el camino que el autor cantara. Bajo sus árboles, junto a sus recodos, viven el espino y el abandono, habitan la tristeza y la resignación. En casas viejas y lóbregas, donde el silencio se hace denso, resuena el gotear isócrono del agua en la destiladera. Por el corredor enladrillado se desemboca en un patio donde el sol incendia el suelo y hace cantar a los pájaros. De allí llega a veces la oleada de un perfume, el ruido casero de ollas y peroles, el alborotado cacareo de una gallina que anuncia su postura. Cuando la tarde cae, suena un ángelus a la distancia, y del río cercano llega el vaho del vapor de agua, de esa sutil neblina que envolvía los torreones en tiempos de Bello. Por el aire en calma cruzan los murciélagos rechinadores, con alas en sordina. Eso es la poesía de González Bastías, un trasunto de la grata vida vieja de Chile, refugiada hoy en la provincia como una anciana que junto al brasero espera la muerte.

Cuando abandona el matiz eglógico, forzosamente un poco objetivo, para intentar el análisis de almas, no cambian mucho su sentido y su trayectoria. Como

poeta que es, se conoce poco y se cree nacido para un menester que no es el suyo:

«Poesía, flor de acanto,
luz de ensueño y azucena,
mi cantar no tendrá llanto
ni de luna ni de pena.
Mi cantar tendrá alegrías,
tendrá de todas las flores...».

(Elegías sencillas).

Pero no hay tal: el alma del poeta es melancólica, y aunque él conscientemente no lo quiera, lo llevará a cantar la tristeza y el dolor.

«Suenan un canto triste y no sé dónde suena.
Sus notas perdidas llegan hasta aquí
como el grato aroma de alguna azucena
que se marchitara no lejos de mí...».

(Elegías sencillas).

Hasta que, en otro libro, deje la égloga pura y el divagar de los lirismos personales, para hacer la defensa de su tierra maltrecha por la injusticia y la crueldad humanas. «El poema de las tierras pobres» tiene un sostén muy material para que permanezca constante en sus versos el aliento poético. A menudo se alejan los temas de esa vía que convertía en encantadora a la estrofa del poeta, y esta última pierde belleza. No todo en este libro es perdido para el arte, sin embar-

go. El poeta cree ver en la decadencia de su terruño querido hasta la fuga del amor, y dice:

«¡Amor! entre las hebras olorosas
de los rosales ya no estás.

El claro arroyo no te ve cantando
tu canción auroral.

Los almendros no muestran esa albura
que transcendía a santidad.

¡Tú forjabas en ellos el milagro
de la espuma del mar! . . . ».

Siente también que ha desaparecido otro bien más alto:

«Con el amor te fuiste de la tierra,
¡paz! La dulce aureola

de las cabezas es nube sombría

en que va, tormentosa,

la fiebre, el hambre, la miseria,

la indiferencia sordida . . . ».

(Los ecos perdidos).

El vehemente amor que alberga por la tierra de sus antepasados lo hace estremecerse y vibrar, para elogiar primero las cualidades de ese campo bello y triste:

«¡Ah, tierra mía, tierra hermosa!

Rara virtud en ti se fragua:

en tu sierra más escabrosa
brilla, hecha lágrimas, el agua.

En tu sierra más escabrosa
el árbol crece, protector,
y hace lugar para una choza
en que pudiera haber amor... » ;

para lamentar en seguida la sombra de duelo que ha
amortajado la actividad de otrora:

« ¡Ah, tierra mía, tierra amada,
de largos senderos esquivos,
de vasta selva enmarañada
y de naranjos y de olivos;

tierra de arroyos y de flores,
de claro sol y verdes viñas:
están desiertas tus labores
y sin corderos tus campiñas... » .

(Cantos del Solar).

Dije ya, al comenzar, que el poeta había concretado su mensaje en cuatro libros, todos breves, todos de parvo contenido. Y del examen que me he atrevido a hacer de algunas inspiraciones que parecen definirlo, creo conseguida la imagen eglógica. Hay, sin embargo, en otro de más tarde alguna sugerencia cálida y que sería poco equitativo olvidar. Me refiero a « Del Venero Nativo », que si añade poco al mensaje lírico

que caracteriza a González, no deja de producirnos cierto deleite de asombro por algunas novedades de su forma. ¿No parece digno de un buen poeta japonés este primoroso «hai kai»?:

«Alas de mariposa,
¿en qué momento el iris
se refugió en vosotras?».

En este libro va pronunciándose la melancolía del poeta, que si atisbamos en «Misas de Primavera» y logró acongojarnos en «En el poema de las tierras pobres», aquí alcanza tal vez mayor hondura. Del campo tostado de sol que divisó el poeta en los años mozos nada queda ya cuando se le oye cantar así:

«¿Qué diría el arroyo que me vió tantas horas
mirando silencioso el correr de sus aguas?
¿Pensaría que acaso me embelesaba el blando
rumor de su corriente musical y nostálgica?»

¿Qué diría la roca de la margen, y el árbol
que acogieron piadosos mis extrañas vagancias?
¿Qué dirían los pájaros de mi silencio, signo
de esta inquietud sin vida y esta angustia sin
[lágrimas? . . .]».

Y es más peregrino todavía el hechizo de esta propensión melancólica cuando el poeta logra oponer, en fin, la gala de la naturaleza, entrevista por sus ojos

cansados, al lento declinar que lo lleva hacia el definitivo silencio:

«La tierra, toda flores, se extiende fría y yerma,
el cielo vierte sombra, la sombra vierte olvido . . . ».

De allí, pues, que suscribamos ampliamente el concepto con que un sensible crítico de la poesía chilena, poeta él mismo, logró sintetizar la obra de González. Roberto Meza Fuentes, que tan avaro se muestra hoy de sus producciones, decía de «Vera Rústica»: « . . . Los versos de este poeta tienen humedad de lágrimas y serenidad de atardecer », luminosa síntesis que bien podría servirnos para terminar estas notas si no fuera preciso agregar algo más.

Nos falta, señores, considerar al hombre ya que hemos dedicado alguna atención al poeta. De los versos que se han venido citando queda la imagen humana perdurable, el perfil de los ensueños, la divagación melancólica y casta. Pero necesitamos otras imágenes. El hombre era cordial, hechicero en su sencillez. Labró la tierra, y alguna vez buscó en veneros siempre escondidos el «llampo» del mineral, sin lograr que sus manos materializaran el derrotero que veían sus ojos. Abundan los testimonios de aquellos de sus amigos que lo nombraron cordial, benévolo, inclinado a hacer el bien, sencillo de hábitos como si hubiese contraído con la existencia un voto de pobreza; alentador de los esfuerzos ajenos, comprensivo y entusiasta cuando se

trataba de arte y, sobre todo, de poesía; plácido en el habla, lento y reducido de ademanes. Dicho todo en suma, parece ser un hidalgo campesino el que tuvo ejercicio y magisterio poéticos desde «Misas de Primavera». Armando Donoso confesaba que en el albor de la juventud conoció al futuro poeta de las «tierras pobres» y que había sufrido una «desilusión» respecto de su atuendo. «Ni gastaba melena, ni chambergos sueltos, ni americanas ceñidas, ni chalecos estrafalarios; nada de esto: su aspecto era el de un buen juez rural o el de cualquier modestísimo hijo de vecino». No fué fruto de la vanidad sino, más bien, de la modestia. Su tesoro no se vertía en el lujo ni siquiera verbal; y en el chisporroteo de su conversación se notaba más frecuentemente la inclinación amatoria y eglógica que la rebusca del que se cree dotado de talento excelso.

Nosotros, por nuestra parte, también podremos allegar un reducido testimonio. Conocimos al poeta más adelante, tal vez unos tres lustros después que el ilustre crítico de «Los Nuevos». Y lo conocimos en el difícil papel de auscultador de los ensueños de una nueva generación. Corría el año 1920, y hasta la Federación de Estudiantes llegaba de vez en cuando el poeta, nimbado por su aureola de bien lograda poesía. Oía a todos con general blandura, no disentía, apoyaba tal o cual parecer, y una sonrisa gentil entreabría la boca aplastada por grueso bigote. Un mechón de pelo que fué encaneciendo después, cruzaba diagonalmente la frente, se levantaba un poco a la masa de

la cabellera cuando la mano pretendía imponerle disciplina, pero caía de nuevo, rebelde, hasta tocar la ceja... Y lo que nació como amistad ligera, de mesa redonda, fuése convirtiendo en efecto más hondo cada vez. Le debimos confidencias de arte, anécdotas, reflexiones sobre el ayer desvanecido, juicios certeros pero prudentes acerca de la poesía que comenzaba entonces a ensayarse. Seguimos por dentro—si nos fuese permitida la imagen—la vida de un poeta, espectáculo siempre apasionante para quien aspira a aquilatar la poesía, el misterio de su creación y el motivo del canto y de la sugerencia, como instrumento para intentar juicios de valor y tentativas de comprensión y de interpretación. Porque hora es ya de que afirmemos que a nosotros Jorge González Bastías nos pareció enraizado a firme, para siempre, en el grupo de quienes dan más que reciben.

En los últimos años, según aparece de esas largas conversaciones sostenidas tras prolongados calderones de silencio, Jorge González Bastías había dejado de sentirse poeta. No quiere decir esto que renegara de sus obras; nada de eso. Ni que abandonara sus viejas amistades. Todo lo contrario: sus amigos fueron siempre los escritores, los periodistas entre quienes había vivido la primera mitad de su carrera, los novelistas, los críticos, los ensayistas. Los oía, les hacía sagaces preguntas, y se entregaba a la ola emergente de la amistad con verdadero deleite.

Pero había cesado de sentirse poeta porque una pereza tal vez atávica le dejó paralizadas las manos cuando mejor preparadas parecían para la labor literaria. En los últimos años, espesados la soledad y el silencio, vagaba por el campo, veía esconderse el sol tras las colinas, admiraba la hoja verde y el pintado pétalo, recibía la llovizna en el rostro, funciones todas elementales, vitales, que muestran la relación del hombre con la tierra nutricia. Y se entregaba a ellas sin pretender exprimir su contenido literario o poético. En la juventud, por ejemplo, tanto le había interesado como artista ver «la choza rústica junto al arroyo claro», que había llevado la impresión pictórica hasta el verso luchando con las dificultades de la rima, del ritmo, de la forma especial de sintaxis que exigen las medidas de Procusto del menester métrico. Se fatigó de esta labor antes que otros. Ya en sus últimos libros la forma cede y se desmorona como choza abandonada. Cuando la vió el poeta, en aquella pincelada que citamos, sus moradores la tenían enjalbegada, risueña, prieta de amor y de ternura. Después, decíamos, es un montón de escombros, un vestigio desdibujado, sombra de un ayer fugaz.

Y, finalmente, sobrevino el silencio. «¿No escribe nada ahora, poeta?», le dijimos más de una vez, y González respondía siempre en una misma forma: «Nada. Yo ya escribí». Y si queríamos saber algo más, era lo regular que oyéramos explicaciones poco convincentes o que, haciendo uso de una audacia que

no era normal en él, cambiara abiertamente la conversación con alguna pregunta inesperada: «¿Ha visto a Fulano?»...

Los escritores que pierden la fe en su arte suelen tornarse vengativos, y se truecan por lo común en censores muy agudos de los deméritos ajenos. Se jactan de no haber leído nada de tal fecha a esta parte, lo que no quita que hablen de todo como si un Ganimedes de la ciencia infusa les estuviese proporcionando frescas y jugosas novedades. González Bastías era demasiado fino y cordial para dejarse ir por esa pendiente. Alejado de la vida literaria y de sus intereses, cada vez más enquistado en la soledad rumorosa de su campo, achacoso en las últimas temporadas, no perdió jamás la cordialidad que fué su norma. Amaba a sus semejantes, y como entre ellos siempre le parecieron los escritores los más próximos, fué a éstos a quienes quiso de preferencia y por quienes mostró más directo, vivaz y no marchito interés.

Tras la melancolía vinieron la declinación y la muerte, como si fuera necesario subrayar que todos los hombres nacidos de mujer estamos destinados a que nos corte un día la guadaña de la Gran Segadora, hayamos cumplido o no una tarea eximia. González, a lo poeta, presintió el final con mucha anticipación, sintió los golpes del badajo en la campanita del templo aldeano que dobla por el difunto, y creyó que también era aquélla una sugerencia para su canto. Como tributo debido al hechizo que nos brindó su poesía,

repitamos, pues, estas ligeras y alusivas estrofas de su recatado miserere:

«En las más remotas
regiones del cielo
óyense campanas
que tocan a muerto.

Oyense campanas
que tocan a muerto . . .

Aquí es una rosa,
allá es un lucero.

Angustiosas penas
mece, errante, el viento:
almas que se mueren
y se van gimiendo.

Campanas, campanas
que tocan a muerto . . .

Aquí es una rosa,
allá es un lucero».